

DIEGO
GRILLO TRUBBA
Crímenes coloniales

Los asesinatos de las invasiones inglesas



Buenos Aires, 1806. Mientras la ciudad se inunda de rumores que hablan de navíos ingleses que podrían atacar las costas, don Octavio Vázquez y López —librero, lector voraz de Rousseau— es convocado por el virrey Sobremonte para dilucidar un asesinato ocurrido en la Plaza de Toros. Lo que ni el virrey ni el investigador —al que ayudan su hija Mercedes y sus dos esclavos— saben, es que ese cuerpo al que le han arrancado el pulgar de la mano derecha será el primero de una serie de asesinatos, que llevarán a don Octavio tras los pasos de un asesino serial mientras se desarrolla la primera invasión inglesa, la reconquista de la ciudad y su defensa. Don Octavio —inexperto Sherlock Holmes del virreinato del Río de la Plata— debe investigar a sus amigos —y no tanto— Juan José Castelli, Martín de Álzaga y Jacques Liniers, en una trama que no solo relata pormenorizadamente cómo fueron las invasiones inglesas, sino que también muestra cómo era esa misteriosa Buenos Aires, una tierra plagada de contrabando, logias dispares, conspiraciones y deseos.

Índice de contenido

Cubierta

Crímenes coloniales. Los asesinatos de las invasiones inglesas

Introducción. 1804

I. Un asunto de negocios

II. El Joaquín

III. Una peste selectiva

IV. Espera en Buenos Aires

V. Miradas

Primera parte. La invasión

VI. El primer asesinato

VII. Alfonso Balrás

VIII. El alivio de Sobremonte

IX. Una serie de datos inconexos

X. Jean Jacques Rousseau como prueba

XI. La paciencia tiene un límite

XII. Una cena, una trampa, un cuchillo

XIII. La búsqueda de Roberto Girondo

XIV. Fantasmas en Montevideo

XV. El sí de las niñas

XVI. Diez naves en el horizonte

XVII. El segundo asesinato

XVIII. Una diligencia con destino incierto

XIX. Uniformes rojos, letra prolija

XX. Un brindis problemático

XXI. Tres acontecimientos

Segunda parte. Bajo bandera Inglesa

XXII. La causa justa

XXIII. La cruz del sur

XXIV. El desengaño

XXV. El tercer asesinato

XXVI. El otro pedido de libertad

XXVII. Dos hipótesis

XXVIII. Las joyas de la corona

XXIX. Todos los caminos conducen al fuerte

XXX. Noticias de Montevideo

XXXI. El cuarto asesinato

XXXII. Perdiel

XXXIII. Bajo tierra

XXXIV. La vigilia

- [XXXV. El lunes 11 de agosto de 1806](#)
- [XXXVI. El martes 12 de agosto de 1806](#)
- [XXXVII. El quinto asesinato](#)
- [XXXVIII. El miércoles 13 de agosto de 1806](#)
- [XXXIX. Cambios que no cambian](#)
- [XL. Alguien se fuga, alguien regresa](#)
- [XLI. El sexto asesinato](#)
- [XLII. Los enemigos de Liniers son nuestros amigos](#)
- [XLIII. De espejos y amputaciones](#)
- [XLIV. Crímenes y criminales](#)

Tercera parte. La defensa

- [XLV. Alguien que vuelve](#)
- [XLVI. El séptimo asesinato](#)
- [XLVII. El investigador perdido, la investigadora hallada](#)
- [XLVIII. El muerto que no era](#)
- [XLIX. El octavo asesinato](#)
- [L. Los corrales de Miserere](#)
- [LI. El noveno asesinato](#)
- [LII. La caída del retiro](#)
- [LIII. 5, 6 y 7 de julio de 1807](#)
- [LIV. Festejos, interrupciones](#)
- [LV. El juego de los espejos](#)

Epílogo

- [LVI. Y entonces](#)

Nota del autor

Apéndice 1

Apéndice 2

Sobre el autor

Notas

Para el club de adoradores de Asia Argento:
Guillermo Piro, Maximiliano Tomas, Damián
Tabarovsky, Daniel Guebel y Julio Petrarca

*El comportamiento es un espejo en el que cada
uno muestra su imagen.*

GOETHE

INTRODUCCIÓN. 1804

*Hay que conocer el valor del dinero: los pródigos
no lo conocen y los avaros menos aún.*

MONTESQUIEU

I. UN ASUNTO DE NEGOCIOS

Hoy, al recordar desde la protección de la distancia, todo resulta más claro. Por ejemplo, que nuestro rol resultó vital durante los crímenes que asolaron a la ciudad de Buenos Aires en el inicio del siglo. Hoy es más evidente, también, que para que se diera de esa forma tuvo que suceder algo antes. Y quiso el destino que yo estuviera allí junto a mi padre —don Octavio Vázquez y López— cuando se produjo ese *antes* al que me refiero, aquel 3 de junio de 1804 en que don Martín de Álzaga entró en la librería con una propuesta que cambiaría nuestras vidas.



Yo acomodaba libros que habían llegado en el último embarque proveniente de Montevideo, arribado aquella misma mañana. Revisaba si los pedidos de nuestros clientes se correspondían con los títulos que nos habían enviado desde España. Papá, mientras limpiaba el negocio enarbolando su plumero como si se tratara de un sable, me preguntaba a los gritos si había llegado *El contrato social*.

La puerta de la librería se abrió y dejó entrar el frío invernal y aún más polvo de la calle, lo que volvió inútil la faena de limpieza. Debían ser cerca de las doce del mediodía —los cargamentos se entregaban alrededor de las diez, luego de finalizados los trámites portuarios—, el sol bañaba la calle y se reflejaba con furia en las sucias nubes que levantaban bueyes y caballos. Distinguí una figura alta, más

bien espigada, pero solo luego de que hubiese cerrado la puerta con llave, cuando se acercó a las pilas de libros en medio de las que se hallaba mi padre, me fue posible distinguir con nitidez los ojos oscuros, la nariz aguileña y el pelo castaño de don Martín de Álzaga.

Papá me observó con preocupación, al tiempo que sus cachetes redondos enrojecían. Cada ocasión en que creía haber olvidado un pedido de los clientes ponía la misma cara: el entrecejo fruncido, el sudor que comenzaba a cubrir la frente, las manos que no daban con un sitio en el cual colocarse para al menos encontrar una paz aparente. Sus ojos apuntaron a los míos, y en un parpadeo casi imperceptible me preguntó si alguno de los libros que había llegado correspondía a don Martín. Dejé a un costado *El contrato social*, y leí lo más rápido que pude el listado de libros arribados y clientes que los habían encargado. Entre-cerré los ojos y forcé la vista, pero no divisé el apellido de Álzaga. Miré a mi padre con preocupación, y sus ojos se abrieron, desmesurados. Creo que su respiración se interrumpió.

—Tranquilo, don Octavio —dijo Álzaga—, que no vengo a retirar un encargo. Su memoria sigue tan buena como siempre —el suspiro de papá, fugaz pero contundente, revoloteó sobre las pilas de libros en busca de la puerta—. Vengo a hablarle de negocios.

—Es un asunto grave, supongo —dijo papá en tanto me indicaba con un leve movimiento del dedo índice que lo mejor sería que me retirara del local.

Simulé no captar la seña y continué acomodando el pedido. O, mejor dicho: haciendo como que acomodaba el pedido, pues mi atención estaba en el cuerpo delgado de Álzaga y el desesperadamente gordo de mi padre.

—¿Cómo sabe que el negocio que me trae por aquí es un asunto grave?

—Porque cerró la puerta con llave, lo cual indica que no desea que nadie lo interrumpa ni mucho menos se entere

de lo que tiene para decirme. Y, si aquello por lo que ha venido cumple con lo que acabo de exponerle, es porque es grave. Tanto, que lo mejor será que Mercedes nos abandone para que continuemos a solas nuestra conversación — dijo esto último levantando levemente el tono de voz, para eliminar simuladas sorderas de mi parte.

Mientras me retiraba, escuché con claridad:

—Veo que no me equivoqué al pensar en usted, don Octavio.

Una vez que transpuse la puerta del local y me hallé en el corredor que comunicaba con nuestra casa, me detuve, apoyé las espaldas contra la pared y desde allí escuché el resto de la conversación.

—¿Pensó en mí para qué? —preguntó mi padre.

—Tengo un barco varado en el puerto de Montevideo.

—Lo más usual es que queden varados aquí, y no en Montevideo. Dada la escasa profundidad del río en nuestras costas...

—Es una forma de decir. Lo detuvieron las autoridades del puerto. Dicen que está apeestado, y no me permiten desembarcar la mercadería. Lo mantienen en cuarentena.

—Me parece que lo que usted necesitaría es un médico y no un librero, don Martín.

—Se equivoca, porque lo que necesito es a alguien capaz de comprender las cosas. Nadie puede explicar los motivos de las muertes que asolaron el barco, al menos con fundamento médico: desconocen la enfermedad que las puede haber provocado y hasta se habla de espíritus africanos y de demonios, por lo que necesito que alguien sabio, como usted, deduzca qué sucedió. Si la autoridad de su razón da con los hechos y los expone con nitidez, no tengo dudas de que Sobremonte ordenará la liberación del barco y mi inversión quedará a salvo.

—¿La autoridad de mi razón? ¿De qué habla?

—Becerra.



Álzaga se refería al caso del robo de las joyas de Josefina Madariaga, la concubina de Edmundo Becerra.

Según las autoridades del Cabildo, no era posible dar con el ladrón ni mucho menos con las joyas. Un cuarto cerrado con la ventana abierta, pero por la que era imposible que alguien hubiese atravesado las rejas pues dejaban un espacio diminuto entre sí, la tenebrosa sombra de un encajotado que alguien había visto escapar por la calle durante la noche, y poco más. Casi como una burla, habían encontrado la capa del delincuente a pocos metros del Fuerte.

A los tres meses de que papá comenzara a investigar el hecho por su cuenta y sin que nadie se lo solicitara, se acercó al Cabildo para aconsejarle a las autoridades que apresaran a Becerra, quien estaba a punto de embarcarse con destino a Madrid luego de que le hubiera ido mal en los negocios. Cuando los oficiales detuvieron a Becerra en el muelle de piedra del puerto, siguieron el consejo de mi padre y encontraron en su equipaje libros de Niccolo Machiavelli, a los que les habían quitado con prolijidad criminal el centro a las hojas para esconder en ellas las joyas robadas. Con sus tapas cerradas, resultaban libros comunes y corrientes. Al abrirlos, se descubría que se trataba de disimulados cofres.

—No hay mayor sospechoso que el inocente perfecto—explicó papá cuando le preguntaron cómo había dilucidado el crimen—. Cuando se produjo el robo, Becerra había sido visto en la pulpería, lo que lo alejaba del grupo de los posibles ladrones. Por si fuera poco, había comenzado a gastar menos en los comercios, como por ejemplo mi librería. Un hombre al que, en apariencia, perseguía la mala suerte —al robo se sumaba que su intento de exportar cue-

ro a España fue un fracaso estrepitoso— y que, por eso mismo, era inocente.

»Como dije: no hay mayor sospechoso que el inocente perfecto. Siempre, aún en contra de nuestra voluntad, cometemos pequeños actos que podríamos emparentar con los crímenes, despertar suspicacias. Cuando nada nos relaciona con ellos es que debe comenzar a sospecharse, pues el inocente perfecto lo es porque se ocupa de serlo, o mejor dicho de parecerlo. No hay mayor sospechoso que aquel que se esfuerza en moldear su inocencia. Y fue eso lo que me llevó a desconfiar de Becerra.

»Dado que ya había elegido a mi sospechoso de cabecera, debía responder a la pregunta acerca de cómo podía haber robado las joyas. El interrogante, entonces, era cómo era posible convertir al sospechoso en criminal. Más aún si el sospechoso es un inocente perfecto. Entonces una posibilidad era que se hubiera convertido en criminal sin robar las joyas en cuestión. Es decir siendo, en efecto, inocente. Al fin y al cabo las joyas nunca fueron halladas, ¿no es cierto? Quizás, entonces, nunca las habían encontrado por el simple detalle de que nunca habían sido robadas. ¿Por qué no dieron con ellas si nunca habían sido robadas o, mejor dicho, por qué supusimos que había existido un robo? Porque la noche en que se supone que se produjo el crimen un testigo había visto a ese hombre encapotado en las inmediaciones, y de esa figura todos dedujeron que había un ladrón, y que las joyas habían desaparecido puesto que existía denuncia. ¿Qué podría haber hecho Becerra, entonces, si en efecto era un criminal cubierto del manto de la inocencia? Contratar a un orillero que no tuviera dónde caerse muerto para trotar en las inmediaciones de su casa, cubierto por una capa oscura, hasta que alguien lo viera, hasta que alguien pudiera dar cuenta de un sospechoso en las inmediaciones de la casa, testimonio que desviaría la investigación.

»Claro que a Becerra, durante todo ese rato, lo verían en la pulpería una cantidad más que prudente de testigos. Y se iba a quedar allí hasta que el supuesto ladrón ingresara, ya sin capa, sin conocer los fines últimos para los que había sido contratado. El objetivo del orillero en la pulpería era cobrar su parte luego de ejecutada la orden, mientras que el objetivo de Becerra al citarlo en la pulpería era saber cuándo podría regresar a su casa con la tranquilidad de que la semilla de su plan ya había sido sembrada. Como él mismo relató al concretar la denuncia junto a su concubina, volvió a su casa en un horario posterior a que el sospechoso encapotado caminara por las calles. Un detalle importante y relegado por los agentes del Cabildo es que el robo se descubriría por la mañana. En el período entre el avistaje del encapotado y la denuncia, mientras su concubina dormía como todas las noches en que él regresaba tarde, Becerra cambió las joyas de lugar, sin siquiera sacarlas de la casa.

»Si por un infortunio del destino los investigadores decidían revisar la casa de los denunciantes para despejar toda duda y descubrían las joyas, Becerra iba a alegar que alguien de la servidumbre las había cambiado de lugar sin avisarle. Y eso no constituye un crimen. Idiotez, en el peor de los casos. Al fin y al cabo, las joyas nunca habían salido de su casa. Habían estado escondidas, por ejemplo, en el balde del aljibe, mientras todos se abocaban a la búsqueda del misterioso encapotado fuera de la casa.

»A partir de allí, a partir de esa deducción, no me quedó otra alternativa que esperar a que el criminal cometiera un error. Un desliz que me permitiese transformarlo de sospechoso en mi lógica a criminal en los hechos. Un error como, por ejemplo, que decidiera marcharse de Buenos Aires y que no tuviera otro remedio que sacar las joyas del escondite en el que las había alojado. Mejor dicho: que tuviera que irse de Buenos Aires para disfrutar del botín del que no podía disponer si su concubina estaba cerca o si las au-

toridades podían cerciorarse de su enriquecimiento repentino. ¿Qué mejor, entonces, que irse y que la mujer sufriera un accidente durante la travesía? O mejor aún: una enfermedad, una enfermedad provocada por el suministro de un veneno lento, como el que contienen los frascos que encontrarán en el patio posterior de la casa de Becerra y que le compró al boticario De Santos, quien desconocía los fines últimos de la adquisición, tal como me dijo. Fue entonces que decidí acercarme y formalizar la denuncia de este crimen que aún no sucedió —el asesinato de la concubina— y el que acaba de suceder aunque todos suponíamos que había ocurrido hace tiempo —el robo de las joyas.

Lo que más asombró a los miembros del Cabildo —entre ellos Álzaga— fue la respuesta de papá cuando le preguntaron cómo había sabido dónde Becerra escondía las joyas.

—Era cliente de la Librería de los Tres Reyes. Lector ocasional, desprolijo diría, y de ficciones. Jamás había leído un ensayo, y mucho menos nada de Niccolo Macchiavelli. Por eso cuando compró *El príncipe* y otras obras del italiano en su idioma original luego de verlas apiladas delante de mí, me dije que no podía ser por el interés que despertarían en él esas páginas propias de filósofos y no de comerciantes: eligió lo primero que se había cruzado delante de sus ojos. Irónicamente, Becerra fue un claro ejemplo de aquellos que piensan que el fin justifica los medios, consejo que reza en varias de las hojas que arrancó para esconder las joyas robadas, y que estoy seguro de que jamás llegó siquiera a leer.



—Le propongo un negocio —dijo Álzaga en medio de las pilas de libros, mientras yo continuaba escondida en el co-

redor—. Si usted resuelve el enigma de lo que sucedió con el cargamento en mi barco, le pagaré con los dos esclavos que usted elija de entre los sobrevivientes.

Papá pensó unos instantes. Creo que no primó en él la posibilidad de la recompensa, o al menos no lo hizo tanto como la posibilidad de ejercitar su capacidad de deducción. Vi, entonces, en las sombras de la pared, imitación irrefutable de lo que sucedía en la realidad, cómo la gorda silueta de mi padre extendía el brazo y estrechaba la mano de Martín de Álzaga.

Y nuestras vidas cambiaron para siempre.